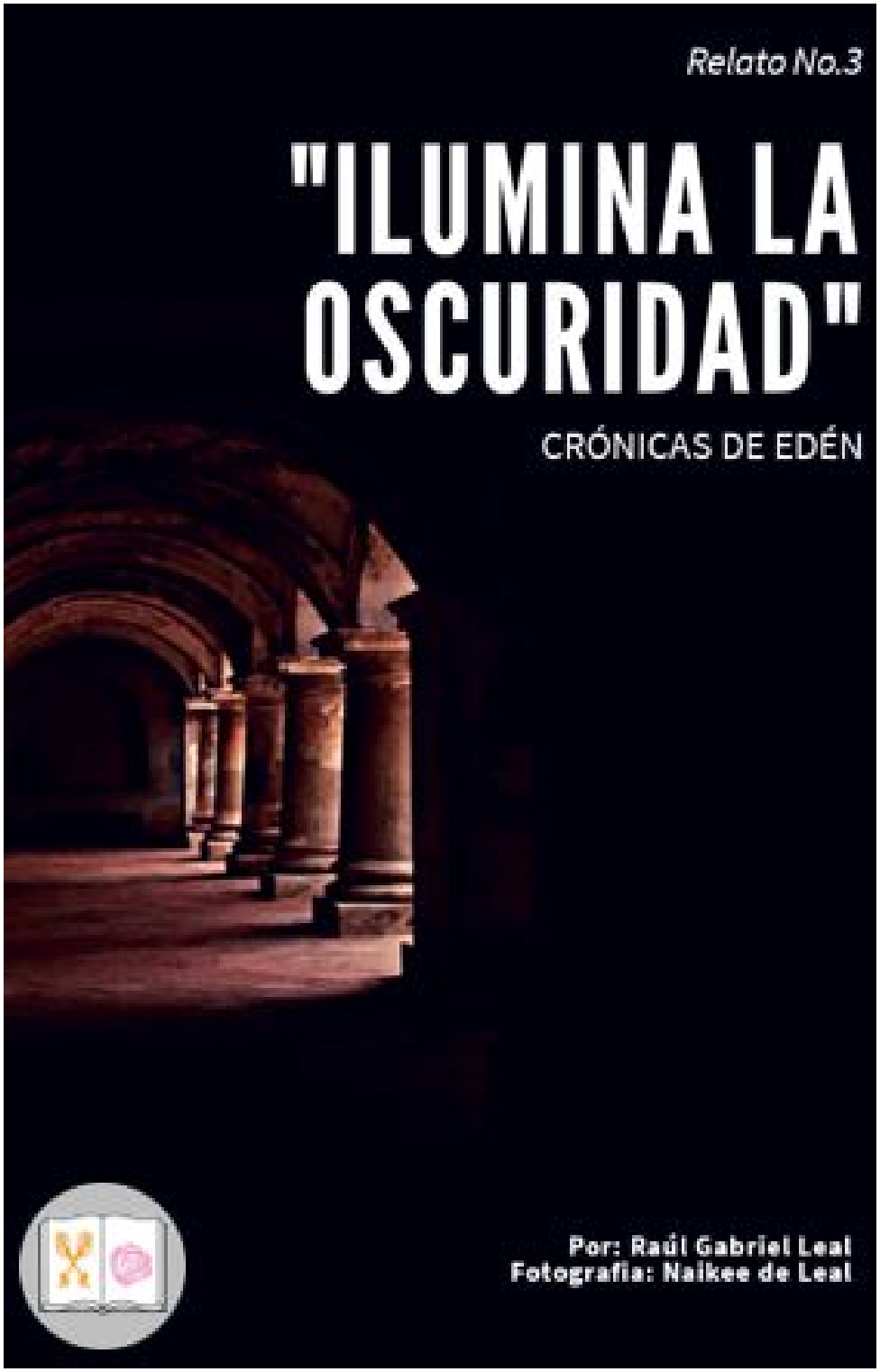
# "ILUMINA LA OSCURIDAD"

La_Gabopedia (Gabriel Leal)



# Capítulo 1

**“ILUMINA LA OSCURIDAD”**

**(29 de Mesidor del año 83 de la Nueva Era)**

—¿No hubieras preferido partir con los otros maestros hacia la ciudad?

—La verdad... no —contesta ella—. Prefiero los verdes alrededores del Centro a las grises calles de la ciudad; además, me aburre el largo viaje en autobús. Ahora vamos, es hora de hacer la ronda.

Así, el profesor AN-27-39-29 y la maestra AF-09-57-19 parten para recorrer los blancos pasillos de los bloques y asegurarse que todo esté en orden; las luces de las habitaciones se han apagado y todos los chicos deberían dormir. Son pasadas las nueve y también la mayor parte del personal docente y administrativo, los que no han partido a la ciudad, se han retirado a sus dormitorios.

La mayoría rehúye de hacer la ronda nocturna, pero ellos se ofrecen con gusto cada vez que es posible; les gusta aprovechar los largos minutos que aquella tarea requiere para conversar con calma, para pasar un rato juntos y a solas.

Casi no conversan mientras recorren los bloques de los chicos. Todo está en calma y pronto salen por la última puerta en la cerca de malla, hacia la enorme explanada, cerca de donde inician los edificios que albergan las instalaciones educativas.

—¿Nos extendemos hasta las canchas deportivas?

—Vamos a tardar más —responde él—.

—¿Y eso es un problema?

—Ninguno —responde el profesor AN-27-39-29 entre risas—; vamos hacia allá.

Ha sido un día caluroso de finales de verano, pero un suave viento que sopla del norte hace que la noche se sienta fresca y la larga caminata alrededor del centro sea agradable. Las instalaciones educativas estan desiertas y en completo silencio, solo los pasos de ambos se escuchan retumbar por los largos pasillos que corren frente a las puertas de las aulas.

—Nunca me has contado la historia completa de cómo te ganaste ese prendedor dorado —dice el profesor AN-27-39-29 mientras se acercan a

las canchas deportivas.

Ella, antes de contestar, casi de forma inconsciente, lleva su mano hasta la solapa de su mono color gris y palpa el prendedor dorado con forma de rosa que entregan a los ciudadanos del Edén como premio por algún servicio distinguido... un honor que no se concede a cualquiera.

—En realidad no fue gran cosa. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Sé que salvaste a unos chicos. ¿Cómo fue?

Ella suspira. No le gusta andar contando aquella historia, pero nunca le ha contado los detalles y no tiene sentido ocultárselos.

—Fue hace casi dos años, durante una de esas tormentas que suelen darse en esta época. Volvíamos de una de las excursiones a los Centros Agrícolas cercanos al Centro de Formación del Sector Dos, donde había sido asignada. Caía una lluvia horrorosa y el conductor no vió unas ramas que habían caído en medio de la carretera, por lo que perdió el control del autobús y se salió del camino; fuimos a parar a una zanja que empezaba a inundarse y el pobre conductor quedó inconsciente por el golpe que recibió cuando caímos.

—¿No tuviste miedo?

—Estaba aterrada... pero era una cuestión de sobrevivencia: calmar a los chicos, conseguir abrir la puerta y las ventanas para que saliéramos, conseguir la ayuda de algunos chicos para sacar al conductor y luego dirigirnos todos hacia la orilla de la carretera a esperar que nos rescataran. Estábamos todos sucios y empapados cuando, unos minutos después, llegaron las unidades de rescate de la Guardia.

—Yo me hubiera paralizado de miedo... así que, para mí, ese prendedor dorado lo tienes bien ganado.

—Es un detalle, pero lo mejor fue que me dejaran escoger mi siguiente asignación. Debo confesar que el Sector Dos, tan cerca de Colonia, no me gustaba tanto. En cambio, acá, del otro lado del rio Esperanza, todo es tan tranquilo... y pude conocerte a ti.

El sonríe cuando escucha aquel último comentario; las palabras de ella despiertan dentro de su pecho una agradable sensación que nunca pensó llegar a conocer. Pero nada se compara a la electrizante sensación que recorre su cuerpo cuando ella extiende la mano y sus delgados dedos rozan sus propios dedos, entrelazándose con ellos.

El viento sopla con suavidad, haciendo ondear el estandarte del Cuerpo de Educación que pende del asta metálica cercana, haciendo que el bello

cabello castaño de ella se agite en el momento en que él, sintiéndose tomado de la mano, voltea para verla. La juventud y energia de ella contrasta con su cansado rostro y sus grises sienes.  No se explica como aquella hermosa chica pudiera fijarse en un hombre maduro y aburrido como él... pero la falta de explicaciones no evita que se sienta dichoso, con el alma repleta de una renovada energía de la cual ella es la causa.

Ella sonríe y, aprovechando la soledad de las instalaciones educativas a aquella alta hora, continúa caminando rumbo a los bloques de las chicas sin soltarlo de la mano. El no logra contener sus nervios y se mantiene atento para soltarla si llega a escuchar que alguien se acerca.

—Supongo que sobre todo ahora, justo cuando está por iniciar el próximo Concilio, te alegrará estar tan lejos de Colonia.

—Más que nunca —contesta ella—. No imagino como estará de agitada la frontera de Abbenville, con tanta gente y tantas provisiones yendo y viniendo. Acá casi ni te das cuenta.

—Sólo nos daremos cuenta cuando el Concilio termine y nos obliguen a implementar lo que sea que decidan.

—Supongo que un cambio que nos permita dejar de escondernos es demasiado pedir.

—No creo que las decisiones del Concilio pudieran ayudarnos en ese sentido. Es probable que sólo hagan las cosas más difíciles.

Ella suspira con desaliento mientras avanzan frente a los graderíos, al borde de la pista que rodea las canchas deportivas, antes de preguntar:

—¿Recuerdas el último Concilio? ¿Recuerdas de que trató?

—Algo de las fronteras del Edén y los habitantes de Colonia. No recuerdo bien, era muy pequeño. Voy a averiguarlo, debe constar en algún libro del catálogo.

—¿Y no te parece extraño que no lo sepamos, que nadie nos lo explique cuando se supone que somos los responsables de enseñar ese tipo de cosas a los chicos?

—Un poco, sí. Justo eso he pensado algunas veces.

—Yo a veces siento que no hacemos sino enseñarle mentiras a los chicos.

—Eso no es cierto.

—A veces eres demasiado inocente. Solo míranos, ocultándonos de los demás para poder estar a solas; sosteniendo una relación como se supone que nadie en el Edén debería sostener. Le decimos a los chicos que su vida no es para otra cosa que no sea "servir al Edén y a sus hermanos" pero, si por mí fuera, no quisiera hacer otra cosa que no sea cuidar de ti por siempre... y que tu cuidaras de mí.

Cada vez que la escucha hablar así respecto del estrecho lazo que ha llegado a unirlos siente que el corazón le da un vuelco. Casi es lo suficientemente mayor que ella como para ser su progenitor (y aquel pensamiento es perturbador considerando que en el Edén nadie tiene forma de saber quiénes son sus progenitores); sin embargo, desde que la tomó bajo su tutela cuando recién llego al Centro, hace ya varios meses, surgio entre ellos una profunda conexión. Incluso ese sentirse rotos e incompletos por dentro es algo que parece unirlos de una extraña forma.

Quisiera poder expresarle todo aquello a ella, pero no sabe cómo; nunca había experimentado algo así... no es algo que se supone que le pasé a los ciudadanos del Edén.  Lo que si comprende bien es a lo que se refiere ella; él ha sopesado el asunto con cuidado durante mucho tiempo y no duda cuando le responde:

—No les mentimos... al menos no en las cosas importantes. Mira nuestro emblema y nuestro lema. Si en verdad lo vives, si en verdad tratas de transmitirle eso a los chicos, todo nuestro trabajo habrá tenido sentido.

—"Ilumina la oscuridad" —dice ella, repitiendo en voz alta el lema del Cuerpo de Educadores, mismo que adorna la entrada de todos los Centros de Formación del Edén.

—Correcto. El conocimiento aún es una luz capaz de iluminar la oscuridad en que pueda sumirse este mundo, el conocimiento aún es una llave capaz de abrir todas las puertas que la ignorancia nos cierra... y para recordarnos eso tenemos por emblema un libro abierto con dos llaves cruzadas sobre una de sus páginas. Es nuestro deber dar a estos chicos tanto conocimiento como sea posible, enseñarles los nobles valores sobre los cuales se construyó el Edén... si les damos las herramientas necesarias no importa si lo demás es una mentira, ellos sabrán encontrar el camino correcto.

—Y la rosa rosada representa el agradecimiento que debemos sentir por tener la oportunidad de formar a los futuros ciudadanos del Edén.

—Sobre todo eso; por eso me uní al Cuerpo de Educadores hace tanto tiempo.

—Debo confesar que durante algún tiempo pense que los de nuestra profesión soportan una pesada carga, que no teniamos razón para estar

agradecidos... hasta que vine acá y te conocí.

—Todos hemos tenidos dudas en algun momento; pero si mil veces naciera siempre tomaría la misma decisión... es la mejor forma que nos ofrece el Edén de crear un mundo mejor.

Para entonces han llegado al borde de la explanada, al punto donde una puerta en la alta malla de metal da acceso a los bloques de las chicas, y deben soltarse de las manos.

—Eres un idealista, ¿sabías? Pero supongo que por eso me gusta estar contigo. Tal vez tu te merezcas este prendedor dorado más que yo.

El no responde, sólo sonríe mientras la ve alejarse por el pasillo para verificar que todas las habitaciones estén en silencio. Pero, antes de alejarse demasiado, se vuelve para decirle:

—¿Tampoco sabias que los chicos empiezan a llamarte "Profesor Gris"?

—Debe ser por la barba... pero fuiste tu quién me dijo que me la dejara.

Ella, al igual que el, responde con una silenciosa sonrisa antes de continuar caminando por el pasillo, dejándolo de pie custodiando la esquina exterior del primer bloque.

Todo está en silencio en el Centro, todos los chicos duermen y, siendo casi las diez de la noche, es seguro que también todo el personal educativo y administrativo se haya retirado a sus habitaciones.

Pronto completan la ronda y caminan rumbo al edificio de tres pisos donde se encuentran los dormitorios del personal educativo. El enorme edificio donde se encuentran la cafetería y demás áreas de uso común se yergue a una lado, como una oscura y solitaria mole a cuya sombra caminan.

—Hoy hay menos personas en el Centro y mañana no debemos levantarnos tan temprano —dice ella antes de llegar a la entrada—. ¿Puedo quedarme contigo esta noche?

Cuando era joven conoció a algunas chicas, cumplió con la obligación que tiene todo ciudadano del Edén respecto de tratar de procrear. No esta seguro si alguna vez tuvo éxito en aquella misión, nunca tuvo forma de saberlo y no supone que debiera saberlo... pero está seguro de no haber sentido nunca lo que ahora siente por la hermosa joven que camina a su lado.

Quisiera que existiera una palabra para definir la extraña mezcla de dicha, tranquilidad y temor que experimenta cuando está con ella, pero en el Edén no existe dicha palabra; es una lástima porque sabe que aquel

extraño sentimiento sin nombre tambien es capaz de iluminar la oscuridad y despejar todas las tinieblas.  Pero, en medio de la confusión que ella provoca en su antes serena mente, no se le ocurre otra cosa que decir sino lo que es obvio.

—Ya estoy demasiado viejo para pasármela saltando de mi balcón al tuyo.

Ella sonrie con ternuna antes de responder; le encanta como puede ser tan bobo a pesar de todo el conocimiento que su cabeza alberga.

—No te pedí que vinieras a mi habitación... pregunté si podía quedarme contigo.

El no dice nada; prefiere guardar silencio. Aquella cercanía y aquel sentimiento de dicha cuando esta a su lado, cuando sus manos se encuentran, le llenan de terror. Durante largos años, antes de conocerla, había sufrido la terrible soledad a la que están condenados todos los habitantes del Edén; de no ser por su tarea como educador la vida hubiera parecido un sin sentido.  Ahora, sabiendola a su lado, todo parece tener sentido.  Pero, considerando el abismo de años que los separan, no soporta la idea del sufrimiento por el que pasaría ella cuando él deba partir de este mundo; no desea otra cosa que la felicidad de aquella jovencita de hermoso y abundante cabello castaño, aunque eso signifique renunciar a todo... incluso a ella.

Cruzan el umbral de acceso del edificio y permanecen en silencio mientras suben las gradas y caminan por el pasillo. Puede notar un gesto de descontento en el rostro de ella mientras avanzan rumbo a sus habitaciones, una contigua a la otra; sabe que se siente despreciada, ofendida. El quisiera ser del todo sincero, pero tampoco sabe si aquello sea lo correcto.

Entonces, cuando están justo por separarse, él se detiene y ve como ella aún avanza un par de pasos. Sabe que tiene de decir algo, cualquier cosa, así que suelta la primer tonteria que le viene a la cabeza:

—¿Sabias que los chicos empiezan a llamarte "Maestra Rosa"?

Ella se vuelve y desanda sus pasos para volver hacia donde él se encuentra y clava en sus ojos la dulzura de su mirada; no dice nada, espera que ahora sea el quien hable primero. El comprende, sabe que ella espera ser correspondida y, sobreponiéndose al miedo que lo embarga, le dice en voz baja, asegurándose que sus palabras no despierten a los que duermen en las habitaciones cercanas:

—Yo también quisiera cuidar por siempre de ti... pero soy demasiado viejo

y no estoy seguro si sea lo mejor para ti.

Ella no dice nada por el momento. Voltea hacia todas direcciones para asegurarse que el pasillo se encuentre desierto y que todos duerman; entonces, segura de que están solos, se acerca y retira de su dedo anular la Alianza Dorada que lleva inscrito su Número de Identificación, la que recibe todo ciudadano del Edén cuando se integra a la vida productiva, y la deposita en la mano de él mientras sonríe.

—Ahora mi vida está en tus manos... y espero que tu tambien confies la tuya en las mías.

Después, de forma furtiva, se acerca más y coloca sus labios sobre los él. Sin darle tiempo para sobreponerse de la sorpresa, le dice:

—No olvides dejar abierta la puerta de tu balcón.

Y sin más se aleja para pasar su Monitor de Pulsera sobre el sensor de su habitación y desaparecer detrás de la puerta.

# Capítulo 2

A mis padres:

Jorge Raúl Leal, "El Profe"

(Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.)

y Reyna Samayoa de Leal

"Y me hice maestro que fue hacerme creador"

(José Martí, escritor cubano)